



Capítulo 180 - Un hombre lobo nervioso

"Es imposible ignorarlo...", murmuró Katharina, con el cuerpo ligeramente tembloroso y la mirada fija en el coliseo. "Ya empezaron, pero... ¿por qué me siento tan débil?", preguntó, con la frustración evidente en la voz.

"No hay mucho que podamos hacer en una situación como esta", respondió Ada con un suspiro y encogiéndose de hombros. A pesar de su intento de aparentar calma, su rostro pálido la delataba. "Espera..."

De vez en cuando, ambos se estremecían, sintiendo el impacto de las auras que chocaban violentamente en el coliseo. Era como si el aire a su alrededor se volviera más denso, dificultando incluso la respiración.

"¿Qué tal si vamos al mundo humano?", interrumpió Roxanne, intentando romper la tensión que se respiraba. "Podríamos llevar a Alice de compras. Necesita ropa humana... no puede seguir usando vestidos góticos victorianos todo el tiempo". Su tono tenía un toque de humor, pero sus ojos revelaban que ella también intentaba ignorar el caos.

Katharina parpadeó, apartando la mirada del coliseo para mirar a Roxanne. "Sí... es una buena idea", admitió con un suspiro, liberando por fin la tensión de sus hombros. "Al menos alguien necesita una distracción".

—Hace tiempo que no vamos de compras juntas, ¿verdad? —añadió Ada, intentando sonar entusiasta, pero con la mirada distante.

—Sí... creo que han pasado unos meses —respondió Katharina, con una leve sonrisa en sus labios.





—Entonces... ¿como en los viejos tiempos? —sugirió Roxanne, con una chispa de emoción en los ojos mientras intentaba animar al grupo.

"Como en los viejos tiempos", coincidieron Katharina y Ada casi al unísono.

[Bar sin nombre]

La puerta se abrió lentamente con un crujido, y el sonido de las bisagras fue suficiente para llamar la atención de todos los presentes. Un hombre alto, de casi dos metros de altura, entró en el bar tenuemente iluminado. Su presencia era imponente, con un físico tan definido que se notaba incluso bajo su sencillo atuendo: vaqueros negros, camisa negra de cuello alto y un collar adornado con dientes afilados como colmillos.



Su cabello negro y despeinado enmarcaba un rostro que transmitía una mirada de perpetuo aburrimiento y desdén, como si el mundo a su alrededor apenas mereciera su atención. Sus penetrantes ojos azules, que evocaban un mar en calma, parecían ver a través de todos los presentes. Su cuerpo estaba marcado con tatuajes negros a rayas, con patrones que evocaban un aire casi tribal, intercalados con cicatrices que contaban historias de batallas pasadas.

—¡Ah, estás aquí, Ethan! —gritó una voz femenina, rompiendo el breve silencio. Una mujer de cabello rizado, ojos color amatista y un cigarrillo entre los dedos, apoyada perezosamente contra la pared, lo observaba. Una sonrisa provocativa curvó sus labios mientras exhalaba lentamente una bocanada de humo.



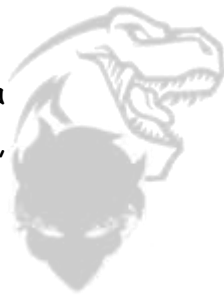
Ethan le dedicó una breve sonrisa, revelando dos afilados colmillos blancos. "¿Cómo te sientes? Espero que no hayas venido a.... causar problemas con tu hermanito", bromeó, con un tono de burla juguetona.

Ethan respondió con frialdad, apartando una silla y sentándose en la barra. «Ah, sí... mi hermano pequeño, que casi fue asesinado por un demonio cualquiera», dijo, saboreando la amargura de sus palabras.

"No hagas mucho ruido, Ethan", advirtió la mujer, sin dejar de sonreír mientras se alejaba.

"Claro, vieja bruja, claro", murmuró en voz baja, volviéndose hacia el trol del bar. "Como si fuera a hacer ruido", añadió, con evidente irritación.

La mujer se detuvo en la puerta, captando claramente el golpe. Sin siquiera mirar atrás, respondió con una risa contenida: «Sí, lo haces». Luego se fue, dejando a Ethan con los ojos en blanco.



"¿Está Ranni aquí?", le preguntó Ethan al troll detrás del mostrador, indicándole una bebida fuerte.

El trol lo miró con desdén mientras limpiaba la barra con un trapo mugriento. "¿Para ti? Probablemente no", respondió, con una sonrisa maliciosa extendiéndose sobre sus colmillos.

Ethan dejó escapar un largo suspiro y cerró los ojos como si estuviera reuniendo toda su paciencia. Tomó la bebida que el trol le había servido sin preguntar y se quedó mirando el líquido ámbar. "Genial", murmuró, haciendo girar el vaso en la mano antes de tomar un sorbo, con la irritación aún latente.



Entonces, alzó la voz, dirigiéndose a alguien invisible. «Oye, Ranni», empezó, con un tono cortante de frustración contenida y un matiz de amenaza velada. «¿Quieres que destroce todo este bar?». Hizo una pausa y tomó otro sorbo de whisky como si la quemadura fuera menos dolorosa que su creciente enfado.

Ethan dejó el vaso en la barra con un suave tintineo y miró al techo, dirigiéndose claramente a la persona en cuestión. "Hablamos. Ahora", ordenó, su voz resonando por la sala, sumiendo la barra en un silencio incómodo.

"Ethan, estás ban—" empezó el trol, pero sus palabras se interrumpieron al sentir la intención asesina de Ethan irradiando en oleadas. El aura de un Alfa era diferente a la de un Beta... y ahora experimentaba el miedo primario de ser una presa fácil.

"E-Ella está arriba", tartamudeó el troll, presionando rápidamente un botón para abrir una puerta oculta.

Ethan no le dedicó ni una mirada al trol; sus penetrantes ojos se clavaron en la puerta secreta que empezó a abrirse con un crujido. La opresiva intención asesina que lo rodeaba parecía devorar la atmósfera, como una bestia voraz provocada hasta el límite. El trol, ahora empapado en sudor, retrocedió un paso, con cada fibra de su instinto gritando para evitar cruzarse de nuevo en el camino de Ethan.

"Gracias", dijo Ethan en voz baja y cortante, antes de levantarse. El roce de la silla contra el suelo resonó como una advertencia para todos los que aún estaban en el bar. Se ajustó el collar de colmillos con un gesto fluido pero intimidante, y luego se dirigió a la escalera que conducía al piso superior.

El trol exhaló profundamente, intentando calmar sus manos temblorosas y recuperar el control de su respiración. Secándose el sudor de la frente,





murmuró para sí: «Necesito retirarme... vivir una vida tranquila en el bosque, lejos de esta locura. Este trabajo definitivamente no es para mí».

Se giró hacia el comunicador montado en la pared y presionó el botón con un toque vacilante. «Jefe, el problema ahora es todo suyo», anunció, con la voz aún despejada de inquietud.

Desde el otro extremo, una voz femenina aguda e irritada respondió casi de inmediato: "¿Y ahora qué?"

—El hombre lobo que odias... está subiendo —respondió el troll, mirando con lástima hacia la puerta que conducía al piso superior.

—¿QUÉ?! ¿Y por qué demonios lo dejaste pasar? —espetó la voz, hirviendo de indignación.

El troll le hizo una mueca al comunicador y respondió a la defensiva: "¿Quieres perder el bar? Porque si lo hubiera detenido, ni yo ni este lugar estaríamos en paz ahora mismo".

Siguió una larga pausa al otro lado, y cuando la voz regresó, era más baja, pero rebosante de frustración. "...Bien."

"Exactamente. Piénsalo", murmuró el troll, cortando la llamada con un último toque antes de refunfuñar para sí mismo: "Me pagan por servir bebidas, no por hacer de guardaespaldas de suicidas".

